

Buenas noches, señoras y señores.

Las elecciones municipales y autonómicas están en marcha. Los engranajes bien engrasados de los partidos funcionan uniformemente acelerados y sin descanso (ni para ellos, ni para los apabullados electores).

Van conociéndose candidaturas, siempre al socaire de quienes las encabezan y, sobre todo, de las siglas en las que se cobijan, y se esfuerzan por exprimir los dos últimos meses de una campaña electoral que dura cuatro años, es decir, una campaña electoral perenne. Todo esto en medio de un ambiente en el que, inevitablemente, se extrapolarán los problemas de ámbito nacional. Unos no quieren oír hablar de la política del Gobierno y otros, impepinablemente, no escatimarán saliva para convencernos de que los de aquí son trasunto de los de allí.

Por si fuera poco, el presidente del Gobierno se anda deshojando una margarita a la que van quedando pocos pétalos.

Tiempo tendremos de hablar largo y tendido de partidos, campañas, candidatos y votos...

Hoy ocuparemos buena parte de nuestro tiempo en acercarnos a la juventud actual. Contaremos para ello con el coordinador de Juventud del Ayuntamiento de Zafra, Gonzalo Lavado. Intentaremos que nos muestre cómo es en realidad este sector de población del que, no lo olvidemos, algún día dependerá nuestro futuro. Sus problemas y carencias serán objeto de nuestra atención.

Nos acercaremos, también, a una polémica que aparece con frecuencia en las páginas de la prensa: la presencia de crucifijos en las aulas. Nos mueve a ello una reciente e inapelable sentencia del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, cuyo fallo conoceremos e intentaremos analizar en su contenido y consecuencias.

Créanme: empiezo hoy el programa con un estremecimiento contenido. Hago votos porque las noticias que han aparecido en la prensa, referidas a contactos entre el Gobierno y ETA, al asunto De Juana Chaos, y al caso Faisán, sean falsas. Si se confirmaran, nos encontraríamos ante otro escándalo mayúsculo, derivado del uso de atajos que repugnan al buen sentido de los usos democráticos. Lo digo en serio: necesitamos una democracia aburrida, en la que no ocurra nada que no sea previsible, como ocurre en la mayoría de los países de larga tradición democrática, en los que, además, los escándalos se atajan con prontitud y contundencia.